

ficios reportados por la Constitución que le produjo tanto escándalo al ser promulgada. Sugestionado por los cuatro ó cinco que vivían de su sudor, y lo flagelaban á su talante y gusto, poniéndole tupido velo sobre los ojos, para impedirle ver lo que le rodeaba, le sorprendió una ley profundamente sabia, y protestó.

Pero si ese pueblo hubiera sabido leer y se le hubiese puesto en sus manos algo que lo ilustrara, hubiera calificado de obra magna la Constitución de 57; y, en vez de apoyar á los conservadores en sus pretensiones, hubiese repelido toda proposición que tendiera á mermar su soberanía. Las Leyes de Reforma, como complemento, nada de extrañas hubiesen sido, porque ellas son la consecuencia legítima de la opresión. Pero sumido el pueblo en la abyección, acostumbrado á ver bonetes en el templo y bonetes en los puestos de justicia y mando, sin saber leer, tenía vendada la razón, estaba aletargado, y se movía por voluntad automática: fué natural su estupefacción al ver surgir un código que lo restituía á su dignidad y soberanía y quitaba de los puestos públicos á los que sólo pueden cumplir con su noble misión en el templo y dedicados á su ministerio, en el ejercicio de su apostolado.

El señor Baranda tenía mucho que hacer, para recivilizar: dió una ojeada al ancho panorama, y vió que las masas estaban en un estado deplorable de ignorancia. A grandes males, grandes remedios, y surgió la multiplicidad de las escuelas primarias, implantando los sistemas más modernos de enseñanza. La instrucción pública llegó hasta las aldeas más

pequeñas, porque también los pequeños pueblos y villas, apartados del centro, deben disfrutar de los beneficios del desarrollo intelectual.

Durante su permanencia en el gabinete, pudo el señor Baranda contemplar su obra: en un país que tenía el 90 por 100 que no sabían leer, llegó á decrecer esa proporción hasta el 25 ó 30 por 100. Y la suma asignada para gastos de instrucción pública pudo llegar á sextuplicarse, debido á los constantes esfuerzos del Secretario de Instrucción Pública.

Con decir que al señor Baranda se debieron reformas escolares, implantación de sistemas modernos de enseñanza, aumento en el presupuesto escolar, multiplicidad de escuelas, leyes y reglamentos modernos de instrucción, y todo lo que ha adelantado la enseñanza en el país, creo que es suficiente. Reformas notables, después no se han hecho, por más que sus enemigos se empeñen en asegurarlo.

En el ramo de Justicia fué tan activa su labor, que á él se deben todas las leyes que rigen en la materia, y la perfección en los procedimientos judiciales — hasta donde puede haber la perfección — es obra exclusiva de él: hizo una reforma completa en nuestros sistemas penales y civiles, levantando á la altura que merece la misión de la justicia, y sepultando en el olvido los viejos trámites judiciales, que extorsionaban la acción de los tribunales, dejando á merced de pillos y mercenarios la suerte de muchos infelices.

Es cierto que no se pudo llegar á un grado pleno en materia de leyes y administración de justicia, porque no siempre es posible un desarrollo desmedido;

pero dedicó todas sus energías al perfeccionamiento en la administración de la justicia, y logró grandes reformas en el ramo.

Sube de punto la actividad del señor Baranda, si se considera que todo el peso caía sobre él, porque entonces no existían dos Subsecretarios, uno de Instrucción Pública y otro de Justicia, como hoy, sino que había uno para los dos ramos. De consiguiente, las labores del Secretario eran fuertes y arduas. Sin embargo, la inteligencia privilegiada del señor Baranda atendía perfectamente á las obligaciones de la Cartera, é hizo progresos maravillosos en su desempeño.

IV

Su permanencia en el gabinete fué larga, pero no tanto que no tocara á su fin. Los científicos consideraban como estorbo para sus planes al Secretario de Instrucción Pública y Justicia, y se dijeron: en lugar del señor Baranda, que nos es adverso para muchas combinaciones, hay que procurar ascender á alguno de la comunión, aunque lo echemos abajo á él. Lo que estorba, hay que quitarlo.

El licenciado Baranda siempre fué adverso, efectivamente, al Partido Científico; sus corifeos le franquearon la entrada al partido, mas él jamás llegó á aceptar la proposición. La negativa tenía poderosas razones de ser: los miembros del Partido Científico son liberales de última hora; forman una agrupación de circunstancias; por lo mismo, no podían ser sino unos políticos de ocasión. Para un hombre que lleva

títulos de lucha por los principios; que ha sacrificado lo mejor de su vida en bien de la causa, es imposible la concordancia en ideas con los hombres del momento, formados en brillantes moldes de argentina y aurífera democracia. Los científicos son de estos últimos liberales, que creen ser grandes políticos porque trabajan en las sombras, y para sus actos disponen de dineros.

Es seguro que el señor Baranda le repugnara al Partido Científico como agrupación política, aunque la llevase bien con sus miembros aisladamente; pues estaba en su derecho de separar los actos de amistad que no tienen credo político ni religioso. El, que tenía prestados enormes y grandes servicios á la nación, sin haber podido lograr la formación de un gran capital, érale imposible aceptar partidos asentados sobre las talegas repletas de moneda acuñada, porque nunca llegó á mezclar la nobleza de los principios con el peso de los metales preciosos.

Los científicos, en consecuencia, no pudieron entenderse con el Secretario de Instrucción Pública; ellos, que comenzaron su carrera por la reforma escolar y á la sombra de la enseñanza, al verse coartados por la voluntad de un político de gran talla, estaban en un hito, viendo desvanecerse las ilusiones forjadas.

En un período álgido estaban las relaciones entre el señor Baranda y los científicos, cuando surgen en el gabinete cosas no pensadas, y el Secretario de Instrucción pública dimite la Cartera. Para aceptar la renuncia, el señor Presidente procuró calmar primero el enojo del señor Baranda, á fin de que desistiera de sus ideas; pero la resolución de éste pareció

irrevocable. No pudiendo llegar á un acuerdo, el general Díaz aceptó la renuncia.

A raíz de ella, don Joaquín Baranda partió al extranjero. Durante esa ausencia, los más extraños comentarios surgieron sobre el móvil de la renuncia. Dada la política reservada del Presidente, era imposible materialmente llegar á despejar la incógnita. Ya pasados algunos años, estoy en aptitud de saberlo hoy.

La dimisión del Secretario de Justicia obedeció á las terribles diferencias habidas entre él y el señor Limantour, jefe del Partido Científico; era el resultado de las maquinaciones palaciegas de todos los científicos. Una voluntad, como la de don Joaquín Baranda, no se doblega como quiera, ni se deja imponer tampoco. En una reunión del Consejo de Ministros estalló la bomba, y cesó en sus funciones el señor Baranda.

Con la renuncia del Secretario de Instrucción Pública, obtuvieron un gran triunfo los científicos, que, como en breve sucederá, tiene que costarles sus dolores de cabeza. La victoria los ha engraido mucho, al grado de creerse inmunes y necesarios en algunos de los puestos públicos del Estado.

No por temor el pacífico señor Baranda ha debido renunciar su puesto; más bien por evitarse disgustos y á fin de procurar la mayor armonía en el seno del gabinete. Y es por esto la admisión de la renuncia. Que por lo demás, tiene muchos mejores títulos el gran tribuno y galano escritor liberal que el señor Limantour, cuya capacidad constitucional está en plena discusión en estos momentos.

Es natural que, durante la administración de justicia é instrucción pública de Baranda, haya éste captádose las simpatías de personalidades de valer en el país y formádose un gran círculo; pues su ilustración, trato fino y cortés y su pureza en el manejo de los negocios, son virtudes que muchos llegaron á apreciar en lo que valen. Desde que los amigos de Baranda, al descender del puesto su hombre predilecto, investigaron las causas, y, al sacar en limpio que los científicos fueron los culpables, hubo un rompimiento general entre éstos y los verdaderos liberales.

Los barandistas hace algunos años que no suenan, pareciendo que no se mueven. Pero esto no es más que una apariencia; pues, siendo amigo fiel don Joaquín Baranda del general Díaz, podrá disimular la lucha y acallar á los suyos, toda vez que los barandistas es gente que vale mucho más que los científicos. En el grupo de barandistas existen personalidades de talento y hábiles políticos; teniendo encerrado un profundo odio al Partido Científico, ¿es de concebirse que vivan aislados del movimiento político del país? Aparentaron tranquilidad, pero, al fin, cuando palpen la realidad, brotarán á la arena, y entonces la derrota de los científicos es segura.

Con la caída del señor Baranda, el Partido Científico puso los cimientos de su ruina, se echó al cuello la soga, para que, andando las circunstancias, el tiempo se encargue de ajustarla á las clavículas y apriete, estrangulando á sus autores.

El silencio del partido de don Joaquín Baranda sólo indica reposo y calma, á fin de no precipitar las

cosas; pero que él será una de las poderosas palancas que han de derribar á los científicos, esto es inevitable. Al Partido Científico más le valiera estarse quieto, trabajar á cuerpo descubierto y no malquistar á los demás políticos de la república.

Aunque todo mundo lo quiera negar—serán bien pocos los que nieguen—la figura del ex-ministro de Justicia se impone, es más gigantesca que la de sus enemigos. Esta particularidad la tendrá el señor Presidente Díaz presente siempre, porque él jamás olvidará los importantes servicios prestados á la nación por el señor Baranda y la amistad sincera y franca desplegada hacia él.

Si acaso algún defecto tiene el ex-ministro, será cualquiera, menos el de que sea capaz de hacer política contra el Presidente, de quien es personal y ardiente amigo. ¿Podráse decir otro tanto de los científicos? Será posible, pero á mí me queda el derecho de no convencerme, y dudar.

Mientras el jefe así lo quiera, los barandistas guardan silencio; pero saldrán al campo electoral, si los científicos persisten en la imposición de su candidato.

Al menos, así lo creo yo, dado el perfecto conocimiento que tengo de algunos adeptos del barandismo.

Los científicos minaron el puesto de Baranda, los adictos á éste desean la caída de aquellos. Esto va conforme con los Textos Sagrados: el que á hierro mata, á hierro muere.



Leod. N. de los Ríos